

# El otro lado de la montaña

*Minna Salami*



Así verías el mundo si no te lo contara  
siempre un hombre blanco europeo

MINNA SALAMI  
EL OTRO LADO DE LA MONTAÑA

Así verías el mundo si no te lo contara  
siempre un hombre blanco europeo

Traducción de Esther Cruz Santaella

Título original: *Sensuous Knowledge: A Black Feminist Approach for Everyone*

© Minna Salami, 2019

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© por la traducción, Esther Cruz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-9998-805-4

Depósito legal: B. 7.607-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# ÍNDICE

<i>Introducción. La montaña</i>	15
Sobre el conocimiento	27
Sobre la liberación	63
Sobre la descolonización	83
Sobre la identidad	99
Sobre la negritud	113
Sobre la feminidad	129
Sobre la sororidad	159
Sobre el poder	175
Sobre la belleza	197
<i>Agradecimientos</i>	231
<i>Lectura recomendada</i>	233
<i>Biografía</i>	235

## SOBRE EL CONOCIMIENTO

La poesía se convertiría así en su subsiguiente, o más bien precedente, por ser menos sutil y fina, pero más sencilla, sensorial y apasionada.

JOHN MILTON

El verdadero foco del cambio revolucionario nunca son sin más las situaciones opresivas de las que buscamos escapar, sino esa parte del opresor que está implantada en lo más hondo de nuestro ser y que solo conoce las tácticas de los opresores, las relaciones de los opresores.

AUDRE LORDE

Al principio, solo existían el cielo, el mar y las divinidades. Olokun era la diosa del mar y Olorun era el dios del cielo. Un día, Obatala, el dios de la creatividad, le preguntó al dios del cielo si podía hacer tierra y criaturas vivas para paliar su aburrimiento. Olorun aceptó y Obatala creó Ife, la gran ciudad que sigue siendo la cuna de la civilización yoruba. Sin embargo, cuando Olokun descubrió que Obatala había hecho tierra y parcelas en su territorio sin consultarle, respondió con una gran inundación que cubrió la primera ciudad de la humanidad.

Tras su reconstrucción, Ife terminó convirtiéndose en «*on-daiye* (lugar de creación), *orirun* (fuente de vida) e *ibi ofu tinmo*

*wa* (lugar desde el que sale el sol)», tal y como la describe el eminente profesor Banji Akintoye en *A History of the Yoruba People* [Una historia del pueblo yoruba]. No obstante, la luminosa fortaleza de la sabiduría femenina estaba desequilibrada en la nueva Ife y los géneros quedaron bloqueados en una eterna lucha de poder.

Para prosperar, la gente recibió *ogbon*, es decir, conocimiento o *frónesis* (sabiduría práctica). Pero los dioses sabían que el *ogbon* tenía que afectar tanto a las mentes como a los corazones de las personas; por tanto, lo dividieron en *ogbon-ori* y *ogbon-inu*, conceptos que, traducidos literalmente, significan «conocimiento de la cabeza» y «conocimiento de las tripas», aunque hacen referencia a la inteligencia mental y a la inteligencia emocional, respectivamente. Tener solo un tipo de conocimiento suponía, según el *epos* yoruba, ser sabio solo en parte.

Al igual que el *ogbon-ori* y el *ogbon-inu* juntos forman el *ogbon*, la inteligencia mental y la inteligencia emocional son dos caras de la misma moneda del conocimiento. Sin embargo, a lo largo de la historia moderna, la creencia dominante ha sido que todo el conocimiento digno, todo, es racional y lógico. El dogma prevalente es que las formas válidas de saber se evalúan todas estrictamente según las capacidades cognitivas de racionalización, cuantificación e indagación deductiva. Así pues, desde una edad temprana, a quienes obtienen las mejores notas en materias relacionadas con la racionalidad y la lógica (matemáticas, ciencia, química, etcétera) se les considera las personas más inteligentes. De hecho, la sola tradición de clasificar al alumnado es un resultado de este modo de pensar. Como personas adultas, seguimos evaluando la inteligencia de acuerdo a procesos jerárquicos y susceptibles de calificarse.

No vemos el conocimiento como algo a lo que se pueda acceder, y que se pueda evaluar, a través del arte y su conexión con

las emociones, los sentidos y la experiencia materializada. Al arte vinculamos el talento, pero no el conocimiento. Aun así, el arte también es apto para explicar la realidad, porque la capta desde dentro hacia fuera. El arte explica quiénes somos porque nuestra existencia es producto del arte. No somos sencillamente seres racionales y mentales, sino también seres físicos y emocionales. El arte es una forma de entender y de cambiar la realidad, del mismo modo que lo es la información cuantificable. Por ese motivo, el *ogbon* tenía que dirigirse tanto al intelecto como a las emociones.



Los relatos se convierten en conocimiento y este se transforma en materia. La cosmovisión dualista separa la materia del relato, pero la narrativa, de hecho, es la materia a partir de la cual construimos nuestra cosmovisión, que a su vez se convierte en objetos físicos (libros, edificios, fronteras, etcétera). En nuestros cuerpos, el conocimiento también se transforma en materia. Al igual que la primera estructura que se forma en el embrión humano es la médula espinal, también el conocimiento es la médula de las demás ideas que conforman nuestras vidas. Cómo nos movemos y nos sentimos en el mundo, el aire que respiramos, el bienestar de nuestros árboles, la comida que comemos, las ideologías que apoyamos, la forma en la que bailamos y hacemos el amor: todo es reflejo de lo que sabemos.

La idea de que la única manera de explicar la realidad es a través del razonamiento calculable es una de las más peligrosas que se han planteado nunca. El enfoque que damos al conocimiento ha quedado rígido, sometido a normas de un modo fundamentalista. La civilización está sedienta de pensamiento humanista, como el Sáhara tiene sed de agua. Cuanto más robótica

se hace una sociedad, más problemas sociales hay, algo que a su vez incita cada vez más al diagnóstico sondeable. Como siempre, las personas más pobres de la sociedad pagan el mayor precio por esta dinámica de obsesión con el análisis. En Reino Unido, los ayuntamientos están empezando a usar algoritmos para decidir sobre el bienestar social. Por todas partes se aplican cada vez más métodos computables, regidos por conjuntos de reglas, para tomar decisiones clave sobre las complejas realidades de la gente, lo que deja en manos del veredicto autoritario de un ordenador a quienes más necesitan que se les escuche.

La incapacidad de escuchar sirve para reprimir sentimientos, lo que genera toxicidad, porque se pasa por alto la realidad. La razón de que la mayoría de la gente violenta sean hombres es que la educación social les enseña a reprimir sus emociones. La represión de las emociones siempre conduce a la violencia, física y no física, hacia una misma y hacia las demás personas.

Necesitamos aplicar al conocimiento un enfoque que sintetice lo imaginativo y lo racional, lo cuantificable y lo inconmensurable, lo intelectual y lo emocional. Sin sentimiento, el conocimiento queda obsoleto; sin razón, se convierte en algo indiscreto. Hace falta un enfoque que «mida» la sabiduría no solo según la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas (STEM) o según el producto interior bruto (PIB), sino también según el modo en el que organizamos éticamente nuestras sociedades. Necesitamos un conocimiento que afecte al interior tanto como al exterior. *Ogbon-inu* y *ogbon-ori*. Un «conocimiento sensual-sensorial».

Con «sensual» no me refiero a algo sexual. Mientras que la sensualidad está vinculada a los apetitos corporales y al placer autoindulgente ligado a los sentidos físicos (tacto, gusto, vista, olfato y oído), lo sensual en el sentido sensorial trasciende los instintos. Cuando algo es sensual en tanto que sensorial, afecta no solo a nuestros sentidos, sino a todo nuestro ser: mente,



cuerpo y alma. Los libros son sensoriales, por ejemplo. Podemos verlos, tocarlos y olerlos, oírlos en formato de audio y saborear sus palabras en la lengua. Los libros son objetos tangibles con miles de texturas: viejos, de tapa dura, cosidos a mano, etcétera. Son mentalmente estimulantes y terapéuticos y tienen el potencial de transformar nuestros patrones de pensamiento más profundos. Nos afectan en todo nuestro ser.

Cuando en 1644 el poeta John Milton acuñó, en su tratado sobre la educación, el término inglés equivalente a sensorial en este sentido (*sensuous*), lo hizo precisamente para evitar la connotación sexual de la palabra *sensual* también en ese idioma. Así, Milton describió su género literario, la poesía, como algo «sencillo, *sensorial* y apasionado». El «conocimiento sensual-sensorial» representa por tanto un enfoque poético: es el matrimonio de la inteligencia emocional con las capacidades intelectuales; supone percibir el conocimiento como una entidad viva y viviente, más que como un producto empaquetado para su consumo pasivo; es relacionarse con el conocimiento como con una pareja, más que un sirviente, o un amo, para el caso; significa tratar el conocimiento como un serpreciado, de tal forma que pueda pulirte hasta convertirtte en una personificación de sus cualidades. El conocimiento sensual-sensorial es el conocimiento que impregna mente y cuerpo de viveza y deja tras de sí un impacto, como el rastro de un perfume. Es un conocimiento maleable, no duro como una piedra. El conocimiento sensual-sensorial implica perseguir el conocimiento en busca de elevación y progreso, no por apetito de poder.



En *Pensar rápido, pensar despacio*, el *best seller* de Daniel Kahneman, neuropsicólogo ganador del Nobel, el autor expone un ar-

gumento similar a la ancestral filosofía yoruba del *ogbon*. Kahneman afirma que tomamos decisiones con ayuda de dos sistemas internos a los que llama sistema 1 y sistema 2.

El sistema 1 es un sistema emocional e intuitivo que «no entiende mucho la lógica ni la estadística», mientras que el sistema 2 es un sistema reflexivo y deductivo «capaz de razonar». Podría decirse que el sistema 1 es comparable al *ogbon-inu*, el conocimiento de las tripas, y el sistema 2 sería como el *ogbon-ori*, el conocimiento de la cabeza.

Sin embargo, existe una diferencia crucial entre ellos. Siguiendo el modo binario típico del conocimiento europatriarcal (por si no bastara con las denominaciones «sistema 1» y «sistema 2»), Kahneman considera ambos sistemas como insertos en «un psicodrama con dos personajes», en el que el sistema 1, el emocional, es un personaje menos inteligente que el sistema 2, el lógico. Por el contrario, se diría que la teoría mitológica yoruba del conocimiento ve los dos sistemas inmersos en «una historia de amor apasionado, con dos personajes enamorados».

No soy tan presuntuosa como para desestimar la investigación científica de un neuropsicólogo ganador de un Nobel, sobre todo porque no soy experta en la teoría del proceso dual (TPD), el campo psicológico del que los sistemas 1 y 2 de Kahneman son ejemplos.

A decir verdad, personas expertas en el campo de la TPD sí han cuestionado las ideas de Kahneman. Por ejemplo, en el provocador libro *The Enigma of Reason: A New Theory of Human Understanding* [El enigma de la razón: una nueva teoría del entendimiento humano], los investigadores Hugo Mercier y Dan Sperber afirman que la capacidad intelectual de razonar es en sí una intuición: una función emocional. Aseguran que la intuición, al igual que la razón, desempeña un papel crucial en nuestra capacidad para encontrarle sentido a nuestro entorno. El

reputado neurocientífico António Damásio también ha planteado la idea de que la razón, más que verse obstruida por la emoción, como suele presuponerse, está dirigida por ella. Según la «hipótesis del marcador somático» de Damásio, las experiencias emocionales (o marcadores somáticos) se anteponen a la razón cuando tomamos decisiones. En resumen, nuestra respuesta emocional a una situación es la base de nuestra elección racional.

Existen muchas otras teorías importantes, aunque opuestas, en torno a esta cuestión fundamental para los estudios sobre la conciencia conocida como «problema mente-cuerpo». El epifenomenismo sugiere que no existe nada similar a la mente, que solo hay un cuerpo que reacciona a la vida. El panteísmo, en el otro extremo del espectro, afirma que la mente es una especie de proyecto colectivo en el que a todas las personas nos afectan los pensamientos y acciones del resto. Tal y como planteó en su Proposición VII Baruch Spinoza, a quien se le atribuye la concepción del panteísmo: «El orden y la conexión del pensamiento son idénticos al orden y a la conexión de las cosas». Sin embargo, nadie ha dado una solución satisfactoria a lo que David Chalmers llama «el difícil problema de la conciencia», que sencillamente cuestiona por qué los seres humanos tienen sentimientos. Quizá, teniendo en cuenta que solo usamos la mitad de nuestro conocimiento, el *ogbon-ori*, no sorprende que eso siga siendo un «difícil problema».

El problema complicado de verdad de resolver es que el sistema de conocimiento fragmentado que se usa actualmente es incapaz de abordar los problemas reales a los que se enfrenta la humanidad, porque pasa por alto el aspecto de la realidad vinculado a la experiencia. Nuestros sistemas educativos están estancados: enseñan a transformar el cerebro, pero no la psique; explican cómo diseñar sociedades evolucionadas, pero no cómo

ser ciudadanos evolucionados en esas sociedades; afirman que las emociones —primordiales para la vida— son incapaces de explicar la existencia.

Y así, pese a vivir en la era de la información, con multitud de percepciones, somos incapaces de resolver problemas apremiantes como la injusticia social, el sexismo, el racismo, el clasismo, el especismo, el cambio climático, la pobreza, el descontento, problemas de salud mental y la soledad. Independientemente de lo educada o desarrollada que esté una sociedad, esos mismos problemas causan desesperación y división por todas partes. Por tanto, debemos admitir que o bien estamos afrontando los problemas equivocados o estamos enfocando esos problemas mal. Yo voto por lo segundo. No hay alma en la producción de conocimiento.

El modo robótico, rígido y ceñido a las normas que domina nuestra forma de ver el conocimiento actualmente es lo que yo llamo «conocimiento europatriarcal», un constructo del conocimiento obsesionado por la jerarquía y originado por hombres blancos europeos de la élite como propaganda para consolidar sus cosmovisiones a escala masiva.

El término «propaganda» se deriva de «propagar», que en sus orígenes hacía referencia a la capacidad de las plantas de reproducirse y multiplicarse de una generación a otra. Desde un punto de vista etimológico resulta apropiado, pues la capacidad de adaptarse de generación en generación es precisamente la magnificencia del conocimiento europatriarcal, el relato que pone en el centro la evaluación y la cuantificación como epítomes del conocimiento y que otorga al fenotipo europeo y al genotipo masculino dotes especiales en la producción de dicho conocimiento.

El conocimiento europatriarcal tiene sus raíces en la Era de los Descubrimientos. Fue durante ese periodo de la historia cuando los monarcas europeos enviaron por primera vez a ex-

ploradores en travesías y viajes de expansión a regiones del mundo hasta entonces consideradas como «lo desconocido».

Les movía un proverbio: «El conocimiento es poder», el mismo que usaría posteriormente el movimiento progresista negro como eslogan para poner fin a la farsa. No obstante, mientras el activismo por los derechos civiles defendía que el conocimiento era el poder de determinar «su propio destino e identidad» —tal y como publicó la revista *Ebony* en una edición especial de 1969 titulada «The Black Revolution» [«La revolución negra»]—, el filósofo británico del siglo XVII Francis Bacon, que fue quien acuñó el proverbio, defendía su significado literal. El conocimiento era una herramienta de control: era un derecho que Dios le había concedido al hombre para entender y conformar la naturaleza según sus intenciones y propósitos.

El *Novum Organum* (1620) de Bacon contribuyó a modificar la actitud general de Europa, que pasó de ver el conocimiento como algo que debía conservarse, según se había defendido en época medieval, a la idea de que el conocimiento era algo que debía adquirirse, adoptada en el mundo moderno. Normalmente, es el método de inducción de Bacon el que se considera precursor del paradigma del conocimiento al que nos adherimos ahora mismo, pero yo diría que la contribución de Bacon a percibir el conocimiento como algo que competimos por adquirir es igual de crucial. «Adquirir» significa «tomar posesión de» y así es precisamente como nos acercamos al conocimiento: como algo cuantificable que ha de controlarse y poseerse en cantidades ingentes, a toda costa. Nuestra política, economía, legislación, medios de comunicación, educación y normas se disponen todos en torno a la visión fundamental que ocupa el corazón del conocimiento europatriarcal, esto es, que el propósito de amasar conocimiento es en última instancia clasificar, competir y dominar.

Utilizo la expresión «conocimiento europatriarcal», y no, por ejemplo, «imperio», «superpotencia» o «patriarcado capitalista y supremacista blanco» (que es como la académica feminista negra bell hooks define astutamente el sistema en el que vivimos), porque con este libro estamos reimaginando el relato que se esconde tras la producción de conocimiento (la historia que sirve de marco o el metarelato), más que la estructura que el conocimiento produce. Por supuesto, ambos aspectos están estrechamente vinculados: los sistemas estructural y político de la supremacía blanca, el capitalismo, el neoliberalismo y el imperialismo son la razón de ser del conocimiento europatriarcal. No obstante, el sentido de colocar estas etiquetas es distinguir el relato de las estructuras que él mismo crea, de manera que podamos, con suerte, analizar si un relato distinto generaría una estructura diferente. Básicamente, para cambiar la estructura primero necesitamos cambiar el relato sobre esa estructura.

Y es posible hacerlo. El movimiento #MeToo, por ejemplo, modificó en esencia el relato que usamos para hablar de la agresión sexual en los espacios convencionales. Cambió el relato del silencio por el de la voz y el de la vergüenza por el de la culpa. A su vez, eso alteró estructuras en las esferas personal y política fomentando la importancia del consentimiento y de la criminalización del abuso sexual. Existe una necesidad similar de cambiar el relato de todos los contextos opresores en lo social, lo económico y lo político.

Asimismo, aunque no hay nada positivo que decir sobre las «estructuras» de la supremacía blanca, el imperialismo, el elitismo y el patriarcado, el «relato» que produce el conocimiento europatriarcal no es del todo negativo. Las revoluciones científica, industrial y de la información no habrían tenido lugar sin una carrera competitiva por adquirir conocimiento. En ausencia de dichas revoluciones, no habría existido el (problemático)

movimiento de la Ilustración, y por tanto no habría habido enciclopedias, mapas, trenes, aviones, universidades modernas ni muchas otras instituciones que, a su modo, mejoran nuestra experiencia colectiva. El conocimiento europatriarcal ha conllevado logros importantes, y no menos en el tanpreciado desarrollo del pensamiento racional y la razón. La racionalidad y la razón son fenómenos que desde luego debemos salvaguardar. Por dejarlo bien claro, la intención del conocimiento sensual-sensorial no es abandonar la inducción ni el juicio imparcial.

Sin embargo, irónicamente, el conocimiento europatriarcal en sí no está enraizado en la objetividad racional que promueve. Se trata de un relato construido y predispuesto que se centra sin ningún disimulo en la blanquitud y en lo masculino. Es un relato que disfraza la propaganda de conocimiento, que ayuda a acumular suficientes percepciones sobre cómo acabar con la guerra, la pobreza y la enfermedad, pero no les pone fin. En vez de producir sociedades prósperas, emocionantes y sabias, tal y como debería hacer el conocimiento, el conocimiento europatriarcal crea un mundo de sufrimiento social, político, psicológico y espiritual. Y eso no ocurre por accidente. Mientras haya problemas sociales que resolver, será necesario adquirir más conocimiento técnico: datos, estudios, sondeos, análisis, paneles de expertos, revistas profesionales, etcétera. Cuantos más recursos haya que invertir en el conocimiento técnico, más fuerza cobrará la idea de que todo el conocimiento es técnico.

Pese a toda su erudición, el conocimiento europatriarcal nunca atacará el problema del sufrimiento humano porque acabar con dicho sufrimiento supondría poner fin a su propio dominio. El algoritmo es claro: mientras el conocimiento europatriarcal sea la materia prima, el producto final favorecerá ese mismo patrón de pensamiento. El único modo de cambiar el curso de la humanidad es poner en entredicho la materia prima:

reimaginar nuestro modo de pensar en el conocimiento con un relato completamente distinto, correctivo. Una *tabula rasa*.

Cuando modificas el relato dominante, todo cambia con él, y por eso precisamente existe tanta propaganda para sustentarlo. Derrotar el conocimiento europatriarcal es, por tanto, un proceso complicado. Supone recurrir a una manera nueva por completo de pensar y de ser en el mundo. Supone ver el conocimiento no como algo estático, sino como un proyecto creativo, algo que crece y avanza: una actividad humana, una obra de arte. Y por eso vale la pena.



Pese a que lo sensorial y la sensualidad no sean sinónimos, quiero dejar claro que no pretendo rechazar aquí el elemento erótico. Por el contrario, podría decirse que abogo por una erotización del conocimiento. El conocimiento europatriarcal purga lo erótico no menos por su asociación con lo femenino. Descarta el proceso de entremezclar el conocimiento con lo sensorial porque favorece la austera idea de que el conocimiento quizá puede no tener nada que ver con la experiencia encarnada. En el europatriarcado todo es binario: o una cosa o la otra. O mente o cuerpo; o razón o emoción; o local o global; o heredado o adquirido; o femenino o masculino. Sin embargo, el conocimiento sensual-sensorial es caleidoscópico: con y dentro de. La mente existe con el cuerpo y dentro del cuerpo; la razón, con la emoción y dentro de la emoción; lo femenino, con lo masculino y dentro de lo masculino, y viceversa.

El conocimiento europatriarcal devalúa asimismo lo erótico, lo femenino y lo poético porque son elementos conectados con el mundo natural. Lo que el relato europatriarcal pervierte



esencialmente es la interioridad, el *ogbon-inu*. La poesía es el lenguaje del interior o del alma. La naturaleza habita en el interior de la tierra. Los órganos sexuales de las mujeres, portadores de *poiesis* (vida, placer y creación), son internos. La vagina no es solo un lugar húmedo, cálido y oscuro como el enclave de un bosque; conduce además a un espacio incluso más oculto, aunque portador de vida: el útero. En torno a toda esa interioridad sexual, a modo de capa de ozono, se encuentra el clítoris, el órgano poético por excelencia.

Los seres humanos son la única especie distintivamente poética y también erótica, y degradar esas cualidades en la producción de conocimiento supone privar al conocimiento de su humanidad y hacerlo robótico. La poesía explica un sentimiento como la nostalgia de una manera que no puede hacerlo el método científico. La danza describe la libertad de un modo imposible para las matemáticas. El silencio interior explica la existencia de una forma que la tecnología no puede. La aceptación del carácter puro y duro de la interioridad resulta esencial para lograr un cambio significativo. Si aplicásemos el conocimiento sensual-sensorial a la economía, por ejemplo, se generaría una especie de «economía erótica», en la que prosperarían la reciprocidad y el sustento, más que el excedente y la escasez. Si lo aplicáramos a la educación, el alumnado recibiría clases sobre materias como la empatía y el diálogo, aparte de matemáticas y ciencia. Dichos temas se entrelazarían de tal modo que en clase de matemáticas se hablaría sobre la comunicación, mientras que en clase de empatía se podrían analizar patrones estadísticos, además de obras de arte.

Unos versos de un poema de la autora china Zi Ye, o la Dama de la Medianoche, que vivió durante la dinastía Jin (266-420 a. C.), demuestran lo difuso que puede ser el límite entre conocimiento, poesía y erotismo: